

Jaegwon Kim, *Mind in a Physical World. An Essay on the Mind-Body Problem and Mental Causation*, MIT Press, Cambridge, 1998, 146 páginas.

La preocupación central de Kim en este libro (como en la mayoría de sus contribuciones anteriores) es la de resolver (si esto suena muy pretencioso, podría decirse: avanzar en la comprensión de) el problema mente-cuerpo. Según Kim “*nuestro* problema mente-cuerpo [el problema planteado a partir de la postulación de la teoría de la identidad psicofísica, en la década del ’50]... ha sido el de encontrar un lugar para la mente en un mundo que es fundamentalmente físico” (p. 2). Dos relaciones entre lo mental y lo físico fueron extensamente discutidas por Kim en muchas de sus obras anteriores por ser consideradas la clave para encontrarle su lugar a la mente: la causación y la superveniencia. Ahora Kim reconsidera la viabilidad y la utilidad de estas dos nociones para responder al problema que le preocupa. Y se ha vuelto un escéptico acerca de las posibilidades que pueda brindar la superveniencia, y ha llevado hasta sus últimas consecuencias los argumentos más fuertes en contra de la posibilidad de la causación psicofísica: centralmente el problema de la exclusión causal-explicativa. Pero no quiere caer en una posición de tipo irrealista acerca de lo mental, cosa que ocurriría si no logra darle un lugar a lo mental en el mundo físico. Esta tensión es la que da lugar a este libro, en el que cada uno de los detallados y precisos argumentos que el autor presenta, resuenan a profundas luchas internas de quien percibe un profundo problema filosófico que constantemente parece escaparse.

En el primer capítulo se examinan las principales relaciones que a lo largo del último siglo se han propuesto para otorgarle a la mente un lugar en

el mundo físico: superveniencia, realización y emergencia. Kim defiende la idea de que la superveniencia no resuelve el problema mente-cuerpo sino que sólo lo plantea, dado que no permite explicar el lugar que lo mental ocupa en el mundo físico. En efecto, la superveniencia no establece más que hechos brutos, que requieren de algo adicional para su explicación, y por ello es compatible con diferentes respuestas al problema mente-cuerpo: emergentismo, fisicalismo de tipos, epifenomenismo, realizacionismo, etc. Kim elige una de las opciones, a la que denomina “realizacionismo físico”, de acuerdo con el cual “las propiedades mentales, si son realizadas, deben ser físicamente realizadas, esto es que ninguna propiedad mental puede tener realizaciones no-físicas” (p. 19). Esta posición involucra adoptar la tesis de que las propiedades mentales son propiedades funcionales, a las que Kim caracteriza como un tipo de propiedad de segundo orden. A través de esta funcionalización es posible reducir las propiedades mentales a propiedades físicas, y de esta manera explicar la superveniencia psicofísica.

El segundo capítulo aborda el problema de la causación mental, o más bien *los* problemas. Kim no quiere renunciar a la idea de que lo mental y lo físico se encuentran en relación causal (por razones que expone brevemente en p. 31) pero tiene que enfrentar los tres siguientes problemas centrales: el problema de las propiedades mentales anómalas, el problema de las propiedades mentales extrínsecas y el problema de la exclusión causal. Generaliza estos argumentos en contra de la inteligibilidad de la causación mental, partiendo de la noción de superveniencia. El dilema que se plantea es el siguiente: si la superveniencia psicofísica falla (esto es, si se rechaza el fisicalismo, y se adopta alguna suerte de dualismo), la causación mental es ininteligible; si se da la superveniencia, nuevamente la causación mental es ininteligible (este segundo cuerno del dilema queda establecido gracias a un detallado argumento). Por lo tanto, la causación mental es ininteligible. Kim muestra cómo algunas de las propuestas contemporáneas para dar cuenta de la causación mental sucumben a este argumento (J. Searle y J. Fodor) y cómo la noción de realización tampoco resuelve estos problemas (al examinar la propuesta de N. Block).

En el capítulo 3 Kim repasa diferentes respuestas al problema de la causación mental que denomina “deflacionarias”. Son, según él, respuestas que no rescatan el profundo problema metafísico de fondo, sino que adoptan atajos, como el eliminativismo, el epifenomenismo, el dualismo, etc. Discute entonces las propuestas de T. Burge, L. R. Baker, T. Horgan, F. Jackson y P. Pettit, y la posibilidad de responder al problema de la exclusión generalizándolo a todas las relaciones entre niveles. Concluye señalando que el problema de la exclusión no es un problema entre-niveles sino un problema intranivel.

En el último capítulo, Kim explora la viabilidad de adoptar una posición reduccionista para dar respuesta al problema mente-cuerpo. Para ello co-

mienza planteando dificultades al clásico modelo nageliano de reducción, por resultar inadecuado para tratar el problema de la relación psico-física, y propone un modelo de reducción alternativo, que denomina “modelo funcional de reducción”. Defiende la idea de que al dar una funcionalización de los conceptos mentales se vuelve posible proponer una explicación reductiva de lo mental. Y también defiende la idea de que lo que se funcionaliza son los *conceptos mentales*, no las *propiedades mentales*. La idea es que por medio de un concepto de segundo orden se identifica una u otra propiedad de primer orden, con lo que por la aceptación de conceptos de segundo orden no se ve ensanchada nuestra ontología, sólo se adoptan nuevas maneras relacionales de identificar las propiedades físicas que ya estaban ahí. Y con esto se resuelve el problema de la causación mental, en la medida en que la propiedad que es identificada por el concepto mental en cuestión tiene genuino poder causal (por ser una propiedad física). Hasta aquí, todo parece maravilloso, pero en las dos páginas finales, Kim plantea las limitaciones de su propuesta. En efecto, la misma descansa sobre la posibilidad de dar un análisis funcional de *todos* los conceptos mentales. Pero las propiedades fenoménicas, cualitativas de nuestra vida mental -los *qualia*-, resisten todo intento de funcionalización. Las opciones se vuelven entonces, nuevamente, desesperadas. Son las siguientes: (a) aceptar la funcionalización de todos los conceptos mentales; pero sabemos que las propiedades fenoménicas no son funcionalizables (punto que Kim da por sentado, y casi no argumenta). Por lo tanto, para ellas hay dos opciones: (b) aceptar el fisicalismo, o (c) caer en alguna forma seria de dualismo. Y si se acepta (b) también hay que decidir entre dos opciones desesperadas: (b.1.) aceptar la superveniencia y la irreducibilidad de estas propiedades mentales, pero aceptar la impotencia causal de las propiedades fenoménicas, dado el argumento de la superveniencia del capítulo 2, o (b.2.) eliminar lisa y llanamente las propiedades fenoménicas. (En realidad, para Kim (b.1.) y (b.2.) son igualmente conflictivas: porque para él lo que no tiene poder causal, no es real; por lo que el epifenomenismo implica el irrealismo de lo mental). Así, ninguna de las opciones le resulta a Kim aceptable. Como todo problema metafísico profundo, nuevamente se nos ha escapado la posibilidad de encontrarle una solución. La mente (o al menos una parte sustantiva de nuestra vida mental) parece no haber encontrado aún su lugar en el mundo físico. (Diana I. Pérez)